

## **TERRITORIOS TRANSNACIONALES. AL SUR DE UNA DISPUTA ENTRE LAS DOS ORILLAS DEL ATLÁNTICO<sup>1</sup>**

**Expósito, García, Mercedes**  
(Investigadora independiente)  
[veuxpas30@yahoo.es](mailto:veuxpas30@yahoo.es)

### **RESUMEN**

El objetivo general de este texto es realizar un intento de pensar el lugar en el que nos encontramos y por lo mismo qué tipo de juegos y transiciones operan en un feminismo español que parece resguardarse a la sombra de debates más internacionales. Aun consciente de que los conceptos binarios son, de hecho, múltiples, mi objetivo es poner en evidencia una *disjuntura* entre la teoría y la práctica que imposibilita un deseable desarrollo en el feminismo español de disputas internas propias. Lejos de la sospecha sistemática o de la admiración ciega, se trataría de contribuir a la lectura como práctica de la escritura. Mi intención no es defender la superioridad o inferioridad de unas idiosincrasias nacionales frente a otras aunque es posible que ciertas construcciones intelectuales quizás merezcan ser preservadas. Las sombras que proyectan la modernidad y la posmodernidad en nuestras apuestas feministas necesita ser pensada. Los hombres se encuentran y desencuentran en sus batallas, en sus viajes itinerantes, necesitan legiones de cartógrafos. Juntas o solas, necesitamos más mujeres -y legiones de cartógrafas-.

### **PALABRAS CLAVE**

Sexo, género, posmodernidad, Rosi Braidotti, Judith Butler.

<sup>1</sup> NdT: Todas las traducciones de obras citadas en el original son de la autora de este artículo.

Sin apenas darnos cuenta, ha ocurrido un deslizamiento desde una concepción productiva del saber entendida como creación imaginativa de nuevas formas de vida hacia una concepción privatizada y reproductiva del modelo capitalista de mercado. En el entorno académico actual, el conocimiento crítico es devaluado a favor de la productividad competitiva –lo cual no quiere decir competente- y el marco general ofrece la impresión de un sistema de trabajador@s precarizad@s y aulas superpobladas dirigidas por decididores invisibles con objetivos meramente economicistas. Un trabajo reproductivo y repetitivo reproduce formas de vida de individuos disciplinados y son las propias relaciones de un poder con muchos centros las que expropián la posibilidad de las voces disidentes y las que, en un mismo gesto, sustraen la capacidad de describir la manera de operar de dicho poder. La categoría de reproducción del feminismo radical de los setenta puede reconvertirse en una categoría abstracta y hacerla extrapolable a la situación actual en la que la crisis económica está en relación con la reproducción del sistema y no con la producción de un sistema alternativo. En esta crisis está implicada la paulatina deriva del sistema universitario hacia un control mercantilista y una crisis general del saber universitario inseparable de la implantación de dicho modelo. El viejo modelo de la edad moderna que pretendía la emancipación humana por el conocimiento cede el paso a una sociedad posmoderna consciente de que el saber se convierte en mercancía informacional, es decir, en ganancias dependientes de una toma de los medios de decisión y control. Por un lado, los decididores de los consorcios y fundaciones incrementan su poder en un sistema de pacificación y circulación de la comunicación; por otro nuestra sensibilidad ante las diferencias y desigualdades se refuerza y aún por otro, se hace soportable.

Defender estudios transnacionales y globales no parece incompatible con un trabajo que trate de articular *difiridos* del tipo que sean pues en las hegemonías, sean estas más o sean menos imperialistas, *algo queda afuera, algo se escapa*. Del feminismo de las últimas décadas hemos aprendido la lección que enseña como disgregarse en la devastadora corriente de la unidad.

Una primera aproximación comparativa entre el feminismo europeo y el norteamericano ofrece la impresión de que en Europa las referencias a los textos originales de la tradición filosófica continental son tan inmediatas que, por contraposición, el feminismo norteamericano ofrece una impresión general de referencias filosóficas que se remiten a la literatura secundaria. Con esta expresión me refiero a un tipo de escritura que ha dejado atrás el texto primero y pone en evidencia, en el propio estilo, la distancia insalvable que lo separa de él. No lo hace comparecer ni se muestra implicado con él sino que, siguiendo un modelo de Biblioteca, muestra fragmentos de lenguaje. La *literatura secundaria* sería “el lugar en el que todos los libros están recogidos y consumados”. (Foucault 1996, p. 155). Esta remisión a la literatura secundaria ocurre hasta tal punto que veces se tiene la impresión, desde una perspectiva europea, de no reconocer a los autores clásicos de la historia de la filosofía. Y sin embargo... ¿no será esto indicativo de un cambio mayor? ¿no señala a nuevos modos de producción del saber en un mundo cuyo volumen de información rompe con la idea de canon y excede lo que en otras épocas nadie hubiera imaginado? ¿no indicará una transformación de nuestros juegos de lenguaje?. ¿no es la literatura secundaria lo primario para abordar el tema de la difícil relación que mantienen las mujeres con el tiempo histórico pues sin pasado, sin historia, han de situarse en un nuevo comienzo, en ruptura con la tradición de la historia de los hombres? ¿no es también la historia de *solo hombres* -que sin embargo se construyó como la *historia a secas*- la que puede volverse secundaria a partir de textos que muestren que el pensamiento de los hombres aborda casi en exclusiva las relaciones entre ellos?

Sin embargo, esa literatura secundaria, que recoge todos los libros pero se olvida de cada texto concreto, puede que no sirva para resignificar siglos de especulación filosófica sobre el sexo que legitimaban relaciones de poder pero al tiempo adoptaban la apariencia de la *verdad a secas*. En

este sentido, parece del todo pertinente la distinción de Celia Amorós entre *feminismo filosófico* y *filosofía feminista*: “Prefiero con mucho hablar de feminismo filosófico que de filosofía feminista” (Amorós 2000, p. 9). Esta preferencia por el *feminismo filosófico* nos puede servir para pensar la tarea de construcción que el feminismo, en especial el español, aun tiene pendiente. El espacio de los feminismos es un espacio topográfico que como tal puede contemplarse en sus diferentes escalas, no solo por la amplitud de los temas que se abarcan sino también por el nivel de generalidad a que se atienden los análisis. La escala de la investigación y los trabajos producidos por el feminismo español parece responder a una metodología de análisis de lo específico y concreto que trata de esquivar las dificultades teóricas de planteamientos epistemológicos que pongan en confrontación la diversidad de los mismos. Dicho en otros términos, difícilmente la pregunta “¿de qué sirve tu argumento?” encontraría respuesta en “¿de qué sirve tu <<de qué sirve>>?” pues si las expectativas ante lo teórico son escasas, el nivel metateórico –aquello a lo que, en definitiva, alude lo epistemológico<sup>2</sup>- no parece suscitar grandes inquietudes. Paradójicamente, el poder de cambiar mentes, el objetivo principal del feminismo, depende de aspectos epistemológicos, entendiéndolo por ello “políticas del conocimiento”<sup>3</sup>.

Las múltiples críticas hacia una filosofía asociada con valores fuertemente androcéntricos suscitaron oleadas de rechazo en ámbitos feministas internacionales y es en este contexto donde se sitúan obras de referencia del feminismo español como las de Amelia Valcárcel y Celia Amorós. Sin embargo, este aspecto se completó en las dos autoras con la posibilidad de pensar en un feminismo que pueda otorgar positividad a los componentes críticos y reflexivos frente a esos otros que normalmente, dando por supuesto una aséptica neutralidad, se califican como meramente descriptivos. Un feminismo capaz de constituir una forma de *pensamiento en proceso* trataría de articular en un nivel teórico -pero a nivel de prácticas locales-; formas específicas como puede ser la española, de un movimiento social que, en términos de Celia Amorós, está “provocando cambios antropológicos de dimensión insólita” (op. cit. p. 10). No nos referimos tan solo a la amplitud de las transformaciones en las formas de vida, trabajo y consumo de las mujeres españolas de las dos últimas generaciones sino también a la necesidad que hay en nuestro país de evaluar, en el nivel de la reflexión teórica, qué tipo de incidencia tiene en las maneras de *pensar el mundo y lo social* un movimiento que no mueve masas como es el feminismo sino que mas bien tiene una vocación minoritaria por el tipo de desarrollo que exige, el de una “práctica de la toma de conciencia” (Lauretis 2007 p. 80) o el de una revuelta íntima individual no exenta de renunciaciones y renegociaciones. Se trataría, en fin, de descubrir el carácter político de cualquier acción humana e intentar *polítizar de otra manera* los ámbitos de la academia española (feminista o no), de pensar qué es esta civilización en la que ahora, en nuestro momento histórico actual, nos encontramos. La *política económica sexual* en la que nos encontramos lanza un desafío a las instituciones democráticas y a categorías tradicionales de la política como ciudadanía y representación, desafío que persigue movilizar su capacidad para acoger *políticas nuevas* en las que las diferencias puedan interactuar juntas. Algo nos está reclamando abrir un espacio en el que dejar de emplear ciertas palabras y de hacer ciertas cosas para hacer otras. En este sentido, conviene recordar el trabajo de Beatriz Preciado sobre el lugar que ocupa el cuerpo, el sexo y la sexualidad en la sociedad contemporánea así como su idea de que la multitud queer no es una mera agregación de individuos iguales ante la ley, propietarios

<sup>2</sup> Para Puig de la Bellacasa (véase bibliografía final), si la teoría es poder, la epistemología es *metapoder*.

<sup>3</sup> Recojo aquí una idea de Puig de la Bellacasa quien sostiene que una cosa es rechazar las definiciones y los fundamentos y otra tomar posición, el rechazo de planteamientos objetivistas no excluye posicionarse. En su opinión, la fuerza feminista depende de la toma de posición política, es decir de la defensa de una posición epistemológica situada que incluya “no-hablar-en-el-nombre-de-otro/a”. Hay hi/histories, una misma historia se va contando cada vez de manera diferente, las fabulaciones colectivas que construyen el pasado marcan un sentido que cambia el futuro, la fabulación construye una comunidad. Su propuesta *gender@tional* apela a una posición situada desde la que construir teorías a medio camino entre las viejas palabras y los nuevos deseos.

de sus cuerpos y reivindicando su derechos inalienables al placer sino una multitud de cuerpos, una multitud sexual en un capitalismo sexual y biopolítico. (Preciado, 2008)

Si nos interesamos por las *zonas localizadas* en un mundo cada vez más uniforme y globalizado, nuestra primera referencia, además del estado español, habrá de dirigirse a Europa. Creemos que existe una *desconexión Europa* o una difícil articulación del feminismo de nuestro país en relación con nuestro contexto europeo más inmediato. La distinción filosofía feminista-feminismo filosófico que hemos mencionado tiene muchos matices y también podemos emplearla para diferenciar al feminismo europeo del feminismo norteamericano. A pesar de que Rosi Braidotti se refiera a una “desconexión transatlántica” (Braidotti 2005 p. 46) en virtud de la cual ciertas teorías europeas continentales del feminismo de la diferencia sexual como puede ser la de Luce Irigaray habrían sido relegadas en favor de las teorías norteamericanas de género, creemos que en una época de rutas aéreas y sociedades globales, la fisura transatlántica no es capaz de eliminar los flujos de intercambio. Sirva como ejemplo que en nuestro país nos encontremos con la paradoja de que el último capítulo de la filosofía francesa nos llega por medio de la lectura norteamericana –y feminista- de la misma. Por otra parte, la exportación de corrientes filosóficas europeas a Estados Unidos tiene un extenso pasado<sup>4</sup> pero hallamos bastantes diferencias entre la tendencia a la multidisciplinaridad norteamericana y los marcos normativos del pensamiento que aún se practican en Europa en plena época de un capitalismo cuya investigación universitaria declara, sin embargo, su vocación de trabajar en equipo<sup>5</sup>.

En el feminismo norteamericano, la divulgación de la tradición europea de pensamiento a través de la literatura secundaria producida por los estudios de crítica literaria, semiótica, sociología y antropología, etc., permite distribuir productos franceses del pensamiento del siglo XX en cuyo desarrollo otros autores europeos como Hegel<sup>6</sup>, Marx, Nietzsche y Freud jugaron un papel claramente relevante. Por otra parte, la general tendencia norteamericana a la multidisciplinaridad recorre el conjunto de los estudios feministas que, en ausencia de referencias a una tradición conceptual propia plenamente desarrollada, buscan aquí y allá sus orientaciones teóricas. Uno sus objetivos será impulsar la crítica y el diálogo que en tantas ocasiones impidieron estudios excesivamente parcelados y acotados en disciplinas e instituciones académicas. En este sentido, la relación que las feministas norteamericanas mantienen con la teoría difiere de la europea; en ocasiones es tan especialmente problemática que adquiere señas de identidad propias. En un artículo crítico hacia una filosofía institucional, sectaria y encerrada en sí misma, Judith Butler se pregunta si puede hablar el <<Otro>> de la filosofía (Butler 2008 p. 346). Con la intención de reclamar que la reflexión no debe constituirse como un terreno acotado por los hombres y la filosofía, afirma que muchas anglopublicaciones clasificadas como filosofía pertenecen a los estudios de arte, literarios, medios de comunicación, estudios feministas y étnicos, estudios sociológicos y culturales, literatura comparada, etc. pero que no se adaptan al restrictivo canon impuesto por la filosofía universitaria.

<sup>4</sup> Aparte de los intelectuales y artistas que huyeron del nazismo como consecuencia del conflicto de la Segunda Guerra mundial, textos europeos de filosofía contemporánea como son los de Levi-Strauss, Todorov, Barthes, Simone de Beauvoir, Foucault, Lacan, Monique Wittig, Derrida, Cixous e Irigaray viajaron a Norteamérica durante décadas.

<sup>5</sup> Cfr la noción *generación* como crítica de la política académica universitaria y su producción de becarias flexibles (Puig, 2003)

<sup>6</sup> La recepción de Hegel está implícita en la historia del pensamiento filosófico francés de la última mitad del s. XX: estructuralismo, existencialismo, postestructuralismo y deconstrucción. La figura de Hegel es considerada en 1945 por Brunschwig “el origen de lo mas moderno que se está haciendo”. El hegelianismo es introducido en Francia con Jean Wahl en el 1929, entre los años 33-39 Kojève imparte su seminario y en el 1945 Hyppolite afirma que “la discusión marxismo y hegelianismo está a la orden del día”. En 1970 Merleau-Ponty declara: “Toda nuestra época, sea a través de Marx o a través de Nietzsche, trata de librarse de Hegel. Pero librarse de Hegel realmente implica la apreciación del valor exacto de lo que cuesta alejarse de él”. Ver D. Eribon, 1992, pp. 40-45.

Por otro lado, en este contexto de las difíciles articulaciones de lo inter/multidisciplinario y lo teórico, una teórica queer como Teresa de Lauretis se refiere a las prevenciones de los norteamericanos hacia las cuestiones teóricas. “De hecho, el movimiento de mujeres identificó la teoría con la masculinidad, mientras que el componente académico del movimiento, los estudios de mujeres, identificaron la teoría con Afrancesamiento o extranjería, como hicieron la mayoría de intelectuales americanos, mujeres y hombres” (Lauretis 1988). Eleni Varikas, defensora en el contexto francés de la utilización de la noción norteamericana de género frente a la noción más francesa de sexo<sup>7</sup>, establece que el aporte específico de las mujeres al conocimiento provoca un doble conflicto, científico y político, pues por un lado somete a examen la validez universal y, por otro, muestra que la bicategorización jerárquica de sexo tiene un carácter arbitrario (Varikas, 2006 p. 25).

Da la impresión general de que en el contexto de la intensa multidisciplinariedad norteamericana, la historia de la filosofía europea se ha combinado con nuevos relatos y narratividades que han producido hibridaciones lingüísticas en las que se escucha el eco de viejos temas filosóficos pero que aparecen de modo muy enredado. No es que pretendamos defender aquí las ritualizaciones de una institución androcentrada como la filosofía, institución que produce escrituras tan supuestamente transparentes y argumentadas que semejan espectros invisibles de lo que podría ser un *pensamiento vivo* más denso. Sin embargo, a pesar de la falta de consenso acerca de lo que es o no filosofía, sí parece necesario establecer una diferencia entre textos que quizás pertenecen a la filosofía –sea o no *canónica*- y otros que pertenecen a otros ámbitos de cosas. De este modo, incluso alguien que ha efectuado una apropiada crítica de los discursos hegemónicos como Judith Butler, ha de admitir, cuando se refiere a una europea como Luce Irigaray, que su “obra no puede ser leída sin la filosofía ya que la filosofía es su texto, pero a pesar de ello no puede ser incluida en el canon de la filosofía según la mayoría de los departamentos de filosofía”. (Butler 2008 p. 46). Si no puede incluirse no es tanto porque su discurso caiga en la literatura o en una interdisciplinaridad poco clasificable sino por el presupuesto apenas puesto en entredicho de esa condición intrínsecamente masculina de la filosofía y las tareas intelectuales. Actuando como presupuesto incuestionado, su efecto es relegar a la invisibilidad muchas producciones teóricas y artísticas de las mujeres<sup>8</sup>, y lo hace incluso de tal manera que hay un *doble borramiento* pues no solo *no aparecen las mujeres* en el espacio de la representación cultural sino que, en la medida en que aparecen, *se las representa como ausentes* cuando en realidad, si analizamos sus huellas entre los escombros, podemos detectar su presencia, quizás minoritaria pero indudablemente constante, en trabajos de producción cultural<sup>9</sup>. En este sentido, el papel institucional es importante pues es necesario recordar que una cosa son los departamentos y las instituciones académicas que, como bien reveló Gramsci, pueden crear un “sentido común” favorable a la hegemonía y un control prudente de la sociedad a favor de una estructura clasista y otra cosa es la filosofía como *trabajo de cuestionamiento permanente* la cual supone un segundo tipo de hegemonía, mas bien

<sup>7</sup> Como se sabe, el feminismo de la diferencia asume como criterio de referencia la especificidad de un universo de valores de mujeres que constituido como cultura silenciada y también las nociones de sexo y diferencia sexual. En el contexto norteamericano hubo un deslizamiento de esta noción, característica del feminismo radical, hacia las teorías de género consideradas mas igualitaristas y constructivistas; mientras tanto, en el contexto europeo se hablaba de feminismo igualitarista y feminismo diferencialista siendo esta última corriente la que adopta el pensamiento maternal inglés de Sara Ruddick, el feminismo italiano y una parte del francés.

<sup>8</sup> Hay estudios recientes en historia de las intelectuales que intentan averiguar el por qué del insidioso y recurrente relegamiento/ocultamiento de las mujeres intelectuales, no solo las dificultades que tuvieron en el pasado sino aquellas que, en un mundo estructurado en espacios simbólicos de hegemonía y control masculino, encuentran hoy a la hora de difundir y publicar sus trabajos. Ver Racine y Trebitsch, 2004.

<sup>9</sup> Frente a la historia de las mentalidades, la historia de las representaciones intenta analizar esa *presencia ausente*. Ver M. Riot-Sarcey 2000.

vinculada con la revuelta en la medida en que actuaría provocando fisuras en la sociedad establecida o heredada. El *feminismo filosófico* tal como lo queremos plantear aquí existe como un *trabajo de acción filosófica en devenir* y como tal instaura un diálogo contencioso entre, por un lado, la sociedad y la filosofía tradicional y, por otro, con el feminismo en general pues la polémica y la invención de nuevos juegos de lenguaje son la condición para el proceso de trabajo intrafeminista<sup>10</sup>. Así pues, el *feminismo filosófico* puede mantener un doble vínculo: con la sociedad y con el feminismo tal como se practica en ámbitos como las ciencias sociales, la historia, la crítica literaria y la sociolingüística, etc. La política de ese feminismo invita a pensar los marcos de producción de la ciencia, la alianza política del poder con el saber y todo el sistema de estructuras jerárquicas de la dominación que frena el desarrollo de nuevas formas de vida y de nuevas concepciones de los espacios y tiempos sociales.

## LA POLÉMICA

Como se sabe, el feminismo introdujo el tema de las diferencias entre los sexos –y también las raciales, étnicas, de sexualidad, etc-. Con ello, se puso de manifiesto la dimensión diferencial y sexuada de la política y de conceptos tales como Estado, poder y justicia. Al desmontar la falsa universalidad del sujeto masculino y sus producciones teóricas, el feminismo se presenta como una *teorización de las diferencias*. Con la pérdida de vigencia de los ideales modernos ilustrados, el sujeto político asume la crisis y ha de asumir también nuevas maneras de representarse. El sujeto político de la teoría feminista nace de la muerte de los grandes ideales masculinos del humanismo clásico incapaces de recoger las demandas de derechos de quienes están excluidos del universal pero además pone en evidencia que un individuo neutro, asexuado y universal no es nada que pueda considerarse humano.

Escindido entre la vocación teórica y la realidad más práctica de la militancia, el feminismo presenta un sujeto en una historia, en permanente proceso de autoconstitución. Por otra parte, esta afirmación serviría para recoger la historia misma del feminismo, una historia en devenir que se sitúa tanto dentro como fuera del *estar entre mujeres*. La idea de sujeto que plantea Teresa de Lauretis (2007), por ejemplo, abarca una conceptualización teórica que da cuenta de los procesos que se engendran en el interior mismo de los procesos sociales. No se trata de un sujeto femenino o del sujeto mujer. Se trata del sujeto indefinido que aparece en el seno de los debates feministas, un sujeto dividido, en tensión, que está, de acuerdo con una metodología antiesencialista, tanto dentro como fuera de la tecnología del género. El sujeto humano del discurso académico, el de la teoría política clásica, por ejemplo, es un concepto abstracto útil pues aunque las abstracciones son incapaces de reflejar la complejidad de las experiencias humanas vividas, los arquetipos tienen funciones disciplinarias en el devenir de cada persona concreta que se adapta al molde de fabricación. En este sentido, al presentar la experiencia masculina como arquetipo, el sujeto político universal de la teoría política clásica, aunque sea un concepto abstracto, es útil desde la perspectiva del poder pero es falso, tan falso y útil como sería darle la vuelta al arquetipo y tomar como modelo abstracto y sujeto arquetipo al femenino. Pienso que solo desde prácticas teóricas que movilizan nuestras *habilidades para ver las interconexiones abstracto-concreto* podemos plantear un *sujeto con muchas palabras*, tantas como las fecundas polémicas que nutren el debate feminista cuando lo vemos a gran escala. Si es cierto que, como revelaron tanto Nietzsche como Monique Wittig, estamos constituidos por variadas formas de lenguaje y somos efectos de construcciones lingüísticas –a esto se le podría llamar también lo simbólico lacaniano o lo ideológico althusseriano- entonces las cuestiones

<sup>10</sup> No es cuestión de tratar aquí el tema pero un ejemplo de confrontación es el que se establece entre las teorías queer y las teorías de género. El feminismo no encierra una concepción monolítica de la cultura y el lugar que en ella ocupan las mujeres, por ello el feminismo posee su propio mapa topográfico y por ello también los feminismos se escriben en plural.

nominalistas, el debate sobre lo que se presenta en ocasiones como eufemismos estériles, las cuestiones semánticas y retóricas no carecen de sentido. El sujeto teórico asume el vértigo de la inseguridad y la indefinición. La acción práctica de la militancia se alimenta, por el contrario, de convicciones que, sin embargo, tienen la fuerza de subvertir el pensamiento teórico. No hay elaboración teórico-política sin procesos críticos y renovadas crisis que conduzcan a nuevas maneras de representar. Introducir el conflicto y la discrepancia, lejos de disolver la presunta unidad del todo uno, sostiene también el dialogo intrafeminista. Los movimientos van y vienen, pueden seguir el camino hacia la rutina regularizada, pueden fragmentarse y desaparecer o pueden retroalimentarse con oleadas de disidencia, pasión y creatividad.

La pequeña guerra cultural larvada que parece caracterizar el intercambio polémico entre los feminismos francés y angloamericano no parece haber tenido demasiado eco en el contexto feminista español. Inmerso en una trama social en la que las culturas popular y académica parecen primar sobre la cultura intelectualizada, el feminismo español no parece demasiado receptivo a la teoría y mucho menos a polémicas y escisiones del tipo académicas/militantes características del feminismo francés o del tipo *Black Feminism*-teoría *queer* frente a feminismo blanco y hetero características del feminismo norteamericano. Dedicarse a la teoría<sup>11</sup> puede incluso considerarse sospechoso desde un punto de vista feminista que casi siempre se redujo al compromiso militante. Sería impensable que la teoría *queer*, desarrollada en contextos universitarios norteamericanos en parte como denuncia de las derivas “normalizadoras” del género, se hubiera producido y hubiera logrado legitimidad académica en nuestro país que optó mas bien por medidas mas espectaculares como el matrimonio gay. Incluso el concepto de *género made in USA* se normaliza en ausencia casi total de aparato crítico. Por el contrario, la tradicional filosofía de la sospecha francesa se aplicó una vez más a lo norteamericano y provocó, dentro de los espacios feministas, múltiples resistencias. Estas intransigencias, características del combativo *esprit* a la francesa, llegaron incluso a la hostilidad irracional hacia un término como patriarcado, considerado en ocasiones una “importación del extranjero” (Hirata 2000, p. 158). Cuando la historia del movimiento feminista español está aún por hacer<sup>12</sup> y los estudios de las mujeres apenas si están mal que bien instalados en los centros del saber rutinario de los departamentos universitarios, las urgencias del feminismo teórico o filosófico corren el riesgo de asociarse a la esfera de las tradicionales abstracciones masculinas. Contrariamente a tradiciones más teóricas, el feminismo aún se piensa en España casi exclusivamente como práctica política.

Amelia Valcárcel y Celia Amorós, las dos grandes referencias teóricas del feminismo español, ambas promotoras de la difusión de la dicotomía entre feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia, pusieron en evidencia los componentes androcéntricos del pensamiento filosófico y efectuaron una crítica parcial al sujeto moderno de la filosofía, un sujeto que aún presentándose como universal, excluía a las mujeres de los derechos de ciudadanía. Ellas mismas situadas en paradigmas de la igualdad de corte ilustrado y con formación en filosofía clásica, establecieron sus distancias respecto a los debates posestructuralistas y posmodernos que, en la línea de las propuestas de la deconstrucción, recurrían a la muerte del autor, la muerte del sujeto y la muerte del humanismo. Mientras tanto, el término logofalocentrismo mostraba en *l'écriture femme* su utilidad para desarticular a la filosofía en tanto discurso centrado en preservar la palabra de la norma y la Ley (del Padre). Curiosamente, Amorós aplicó una hermenéutica de la sospecha de

<sup>11</sup> Dicho brevemente y por ello incurriendo en términos reduccionistas, *teoría* sería equivalente a liberalismo, marxismo, psicoanálisis, posestructuralismo, es decir, cuestiones movilizadas en el par modernidad-posmodernidad.

<sup>12</sup> España está viviendo aún una fase que podríamos denominar como “proceso de recuperación de las otras transiciones”, el de las *diferentes memorias* de nuestro pasado. La reconstrucción histórica de las movilizaciones del feminismo, del lesbianismo, travestis, gays y transexuales están por hacerse Ver: García de León, 2008 y Trujillo, 2008

tipo feminista a los textos filosóficos. Se trata de una denuncia de “la forma sospechosa en que se lleva a cabo la crítica del sujeto por parte de los filósofos, digámoslo abruptamente, posmodernos, justamente cuando las mujeres empezamos a tomar posiciones de sujeto” (Portolés, 2009 p. 18).

La gran diferencia entre las corrientes de la modernidad ilustrada y la crítica posestructuralista posmoderna estriba en el compromiso con las categorías de igualdad y universalidad por parte de la primera y de diferencia y multiplicidad por parte de la segunda. Autores franceses de referencia para el feminismo angloamericano de la tercera ola<sup>13</sup> como Barthes, Derrida, Lacan, Foucault, Deleuze y Lyotard no encontraron apenas difusión en el contexto teórico del feminismo español -como tampoco, salvo contadas excepciones, en la filosofía no feminista, dominada asimismo por esquemas moderno-ilustrados-. Sin embargo, es paradójico observar como ciertas nociones teóricas de la filosofía y el feminismo posmoderno circulan por escritos que se comprometen con *la política feminista como práctica*. Como hemos dicho antes, da la impresión de que las nociones teóricas de la filosofía crítica alemana y la francesa posmoderna necesitasen realizar un viaje transatlántico y transmutarse en la alquimia de los contextos universitarios estadounidenses para que pudiese llegar a España una esencia a veces poco reconocible de lo que está a tan solo a unos pocos pasos. Resulta llamativo que una obra que hace un repaso de la teoría feminista contemporánea y lleva el sello de un centro pionero como el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid tematice el tráfico conceptual en sentido USA-Francia y no mencione el *viaje previo* con punto de partida en Europa de la teoría crítica y de la deconstrucción sin el cual no hubieran sido posibles esos “efectos de las controversias anglosajonas” que menciona la autora (Guerra, 2001 p. 73).

En el contexto español, al sur del intercambio entre la orilla francesa y norteamericana del Atlántico, la celebrada cultura angloamericana establece la referencia feminista. El problema que esto conlleva es que algo, de un *estilo más europeo*, ha quedado atrás con la travesía, la pérdida de algo así como una *vieja densidad textual*, la misma que una buena parte de intelectuales americanos asocian negativamente con lo francés.

## LAS MIOPIAS INTERNACIONALES

Eleni Varikas nos relata una historia de acusaciones cruzadas entre un lado y otro del Atlántico (Varikas 1993). En su opinión, una vez debilitada la “vinculación patética” de dirección única que el feminismo mostró hacia la modernidad, aparece en la crítica posmoderna la idea de que la emancipación de las mujeres es una “forma de pensamiento posmoderno”<sup>14</sup>. En efecto, una autora como Jane Flax dice lo siguiente: “Por consiguiente, sostendría que a pesar de una incomprensible atracción por el mundo (aparentemente) lógico y ordenado de la Ilustración, que la teoría feminista pertenece con mayor propiedad al terreno de la filosofía posmoderna” (Flax 1995 p. 308). Varikas piensa que en estos debates lo que está en juego es la distancia de las reflexiones feministas europeas y americanas y que el debate autoreferencial norteamericano y sus referencias teóricas sumen en la perplejidad a cualquiera que conozca un mínimo el paisaje

<sup>13</sup> Las *tres olas* llegan como tres momentos diferentes del desarrollo del pensamiento feminista. La *primera ola* pertenece a un género vindicativo que, en base a la excelencia femenina, reclama una carta de ciudadanía para las mujeres –tal fue, por ejemplo, el caso del sufragismo-. La *segunda ola*, en los años setenta estaría marcada por la oposición entre un feminismo materialista con influencias marxistas y un feminismo de la diferencia de corte psicoanalítico. La *tercera ola*, etiquetada como posmoderna o posfeminista, ha supuesto en Francia el surgimiento de una confrontación con el feminismo angloamericano. Lauretis refiere incluso la ironía de una problemática “*nueva ola-homage*” constituida por ensayos críticos feministas escritos por hombres que, en su mayoría solo son breves menciones o referencias ocasionales que, lejos de conocer y tener en cuenta la totalidad del proyecto feminista, valoran unas pocas posiciones del feminismo universitario. Los hombres son, en su opinión, lectores que se resisten a las ficciones de mujeres. (Lauretis, 2007 p. 82)

<sup>14</sup> Todas las citas entrecomilladas de este apartado están sacadas de Varikas, art. cit.

feminista europeo, en especial el francés. Recurriendo a los ejemplos del *French poststructuralism*, el *French feminism* y la *French Theory*, ilustra una apropiación selectiva y reelaborada de un gran número de intelectuales, mujeres y hombres franceses, en los círculos norteamericanos y menciona lo paradójico de que incluso en alguna ocasión llegue a considerarse superior la lectura que ofrece la mirada norteamericana, libre al parecer de los corsés europeos y la “competencia feroz” de las “estrellas” intelectuales de los medios parisinos. Varikas nos cita a un autor que llega al feliz desenlace de que el término posestructuralismo no debería dejarse en manos de intelectuales franceses afectados de “miopía parisina” sino en las de los distanciados teóricos norteamericanos. Ella piensa que la miopía no tiene patria y que efectivamente es desde la distancia desde donde hay que contemplar la ley del libre mercado de las universidades norteamericanas en las que la regla de oro se constituye como una carrera hacia la teoría. Aunque no utilice la expresión, Varikas sostiene la idea implícita de una miopía americana. Piensa que el calificativo “francés” para designar la reflexión sobre la *diferencia de sexos* generaliza, oculta y participa de un tipo de abstracción propio del racionalismo ilustrado que, sin embargo, pretendería combatirse. Reducir el feminismo francés a posiciones teóricas es ocultar la articulación entre, por un lado, la *lucha feminista o práctica política del MLF*<sup>15</sup> y, por otro, la *teoría*. Esa *unificación nacional* borraría incluso las tensiones teóricas entre las diferentes obras. En cualquier caso, Varikas considera que la ingenuidad del término “miopía parisina” es cuando menos bien explícita cosa que, por el contrario, no ocurre en las misteriosas transformaciones de ideas europeas que dan lugar al posmodernismo y el posestructuralismo feminista a lo norteamericano.

Christine Planté se refiere a la misma historia (Planté 2004) pero la analiza desde otra óptica. Refiriéndose a un artículo de la norteamericana Joan Scott que detecta en la tradición igualdad/diferencia el indicio de una tradición *antifeminista* que obligaría a la trampa de tener que posicionarse en uno u otro bando, Planté defiende esa polaridad como testimonio de una herencia histórica. Ni siquiera habría que lamentarse sobre la desaparición de la palabra feminismo como designante de igualdad justo en el momento en que las lógicas igualitarias tienen mayor resonancia. Planté defiende la idea de un debate feminista en términos de oposición igualdad/diferencia, no detecta antifeminismo y prefiere referirse a una “rarefacción feminista”. Planté no considera necesario deconstruir la oposición dualista igualdad/diferencia sino tan solo efectuar un desmontaje estratégico recurriendo a la sobreimposición de otros sistemas de diferencias que modifiquen el funcionamiento del dualismo. Entre esas “cuestiones de diferencias”, diferencias entre mujeres, entre disciplinas, entre epistemologías, menciona las *diferencias nacionales* Francia-U.S.A aludidas en la expresión *French Feminism*. En la referencia a la “teoría francesa”, Planté detecta una situación en la que se juega una relación de fuerzas políticas que repercute en otros países e implica tanto al imperialismo americano como a una *utilización* por parte de la intelectualidad francesa de las universidades americanas como epicentro o base de difusión de sus teorías. Como si los debates de verdad solo pudieran tener lugar en un Paris Saint-Germain, no se perseguiría un auténtico diálogo ni una consideración de la especificidad norteamericana. Planté llama a potenciar un diálogo internacional con diversos puntos de vista no reducibles a Occidente ni a Europa ni a Francia.

Por mencionar otra óptica mas, la traducción francesa de la ya referida obra de la italiana y *teórica queer* Teresa de Lauretis comienza con un interesante y significativo prefacio de la francesa Pascale Molinier que hace un balance de las “malinterpretaciones” entre la realidad del feminismo en Francia y el *French Feminism made in Usa*. Menciona en primer lugar que bajo

<sup>15</sup> Como es sabido, estas son las siglas del Mouvement Liberation des Femmes. Su historia se remonta al 1968 y se ha caracterizado por tensiones desde reformistas como Simone de Beauvoir hasta radicales como Monique Wittig y Christine Delphy pasando por el eje psicoanálisis-política de Antoinette Fouqué.

esta etiqueta exótica se escondía la adjudicación a una hipotética teoría francesa de lo que en realidad era una producción intelectual angloamericana que no se atrevía a asumir sus opciones teóricas como propias, menciona también que el *French feminism* ponía en el mismo paquete la *French Theory* y autoras esencialistas (Irigaray) y no feministas (Cixous y Kristeva). Al final, Molinier piensa que ocurrió también que la interpretación francesa del feminismo estadounidense, es decir, el *feminismo angloamericano made in France* es una producción de las disensiones en el propio feminismo francés en el marco materialismo-psicoanálisis y el resultado de no aceptar temas que el feminismo francés dejó de lado como la hibridación de las culturas elitista y popular y las expresiones del deseo y la sexualidad. (Lauretis 2007 p. 11).

Al sur de estos titánicos episodios de guerras culturales, las relaciones españolas con la producción intelectual y la teoría nos parecen mucho más sencillas aunque, bien mirado, muy difíciles. Lo concreto está siempre bajo la amenaza del divorcio respecto a *lo teórico*. La primera impresión puede ser que necesitamos desarrollar nuestras capacidades para la práctica teórica. Inmerso en temas de *igualdad formal* y en ocasiones también en la mera *celebración festiva del estar entre mujeres*, el feminismo español apenas puede entreabrir la puerta de los bien pertrechados despachos de las falocéntricas instituciones universitarias españolas. Un mundo de relatos pequeños en exceso. En medio de feudos masculinos bien acotados que han delimitado clanes endogámicos, la proliferación de diferencias y la toma en consideración de variables de sexo, raza, etnia y clase, esperan como el campesino de Kafka<sup>16</sup> a que sea la imposición de la propia ley la que abra el espacio a esos otros/otras que constituyen el extrarradio frente al que la ley de la academia (entre otras) se autoestablece como tal.

Volviendo al intercambio de las dos grandes orillas, si partimos del punto de referencia más o menos privilegiado que da el poseer cierta formación en feminismo y en historia de la filosofía -francesa y no francesa-, lo cierto es que puede invadirnos una sensación de confusión y extrañeza ante los escritos de teóricas feministas que, reconociendo su deuda con la *French Theory*, desarrollan sus trabajos en Estados Unidos. Una epistemología filosófica europea que resultaba familiar se viste con disfraces que desconocemos. Una vez pasadas por el tamiz de las traducciones, del alemán y el francés al inglés, y de la referida *transmutación norteamericana*, se vuelven irreconocibles en español textos e ideas de esa filosofía a la que dos guerras llamadas mundiales le segaron los pies hasta que pudo encontrar continuidad en la Europa de los años setenta y ochenta. En ese capítulo se encuadran las producciones de la historia por hacer de las mujeres libres europeas de los años veinte, llamadas en ocasiones *garçonnes* o amazonas de ayer. Así pues, vuelven a Europa y llegan a España textos y obras tras una acogida previa en unos Estados Unidos<sup>17</sup> que parecen funcionar como el sello de la multinacional que garantiza el valor, textos que, sin embargo, irradian como luces descompuestas en variadas mutaciones intelectuales. Por no citar más que una de las llamativas, el *segundo sexo* de Beauvoir aparece transformado en "género"<sup>18</sup>. A veces, nuevo es solo lo que desconocemos. Una vez hecho *el tránsito de sexo a género*<sup>19</sup>, éste último nos parece tan prioritario que *llamamos al segundo primero*.

<sup>16</sup> En *Ante la Ley*, Kafka narra la historia de un campesino que espera paciente e inútilmente, año tras año hasta su muerte, a que las bien guardadas puertas de la ley se abran.

<sup>17</sup> Es el caso de la obra de Derrida, en el ámbito de la filosofía, y de la obra de Monique Wittig en el feminista.

<sup>18</sup> Nos referimos a la lectura de Beauvoir por parte de Butler (ver Butler 1990 y 2008). La expresión "segundo sexo" desaparece; desaparece "sexo" y lo que es tanto o más importante, desaparece "segundo" -pero no hay espacio aquí para ocuparse del tema-.

<sup>19</sup> Lo cual incluye un microtránsito *de sexo-género a género*.

## ¿EL GÉNERO?

Las categorías como *género*, *sexo* y *mujer* atrapan a la vez demasiado y demasiado poco. La teoría interviene precisamente para cortocircuitar el proceso” (Carver 2000 p. 48). En una obra que lleva por título “Del sexo al género”, (Tubert, 2003) se exponen una variedad de reflexiones que abarcan diferentes ópticas académicas acerca del concepto de género como sustitutivo en textos científicos y periodísticos de la noción de sexo, algo bastante paradójico pues fueron muchas las ocasiones en que ambos conceptos se utilizaron como contrapuestos, el uno para referirse a lo biológico y el otro para referirse a lo social. En realidad, las últimas dos últimas olas del feminismo pueden verse respectivamente como desplazamientos *desde el sexo al género* y *desde el género como una categoría útil al género como una categoría inútil* pues en tanto ella misma no puede escapar al carácter sexuado y/o diferencial del binarismo masculino-femenino, mas *dis-rrumpe* que contribuye al análisis de las diferencias entre los *sexosgéneros*.

Introducida en la teoría feminista norteamericana de los setenta<sup>20</sup>, la noción de género permitió hacer visible la ocultación de las diferencias socio-políticas entre los sexos. Al definirse en oposición al sexo, a su vez definido como natural y prediscursivo, fue un modo más de poner en juego posiciones filosóficas abstractas que hasta ese momento se habían desarrollado en las fórmulas cuerpo-mente y naturaleza-cultura. Esa nueva noción de género incluía la pregunta acerca del ser mujer y por ello estaba relacionada con los debates feministas de la primera ola sufragista, debates teóricos y políticos en torno a la identidad y la subjetividad femeninas. Lo nuevo fue que en los debates teórico-políticos acabo por introducirse la idea de que el género no siempre domina la identidad pues, desde Nietzsche, no todo el mundo sostiene que haya tal cosa como una identidad. Pero en ellos se introdujo también la idea de que, caso de haber identidad o subjetividad, no está completamente estructurada por el género, otras formaciones identitarias como la raza, la clase, intervienen en la construcción de la subjetividad. Otra de las posiciones fue, como había planteado Beauvoir, que incluso puede pensarse que identidad y/o subjetividad no son algo fijo sino que *devienen*, son como nómadas que abandonan el territorio para conquistar nuevas subjetividades y territorios identitarios -lo cual aparece ya en Roland Barthes<sup>21</sup>-. Tubert se refiere a un vuelco en el concepto de género: si antes servía para desocultar un estado de cosas, ahora se ha convertido en un concepto paradigmático y hegemónico<sup>22</sup> que, como todo pensamiento hegemónico, puede considerarse “una pantalla que encubre cuestiones de importancia teórica en las diversas disciplinas que lo han adoptado y política en cuanto a las reivindicaciones del movimiento feminista” (op. cit. p. 11)

En un intercambio polémico entre Butler y Braidotti (Braidotti, 2004) esta última defiende que en el feminismo europeo la diferencia es la cuestión. De este modo, disiente de un “giro al género” propuesto por Butler en términos de una expansión de los intereses del feminismo mas allá de la asimetría de género hacia sus interrelaciones con categorías como nación y raza. Braidotti localiza en el “giro al género” una apropiación competitiva de la agenda feminista por parte de la masculinidad, en parte responsable de una crisis en la teoría y práctica feminista y además señala que la noción de género no es relevante para las teorías en lenguas románicas.

<sup>20</sup> Pero recogida de ámbitos no-feministas pues “género” es, por una parte, una categoría gramatical y, por otra, ya fue utilizada en los años cincuenta por psicólogos como John Money. Es ampliamente mencionado como introductor de la noción pues su trabajo con casos de reasignación de género en personas intersexuadas le llevó a la idea de que el desarrollo psicosexual y la identidad sexual no estaban establecidas de antemano y por eso podían orientarse en las direcciones masculina o femenina .

<sup>21</sup> Ver las ideas de *exilio* y *viaje*, inseparables de los *varios Lotis* en la novela *Aziyadé* de Pierre Loti comentada en los *Nuevos Ensayos críticos* de Barthes ( referencia en bibliografía final)

<sup>22</sup> Se trataría de lo que Miguel Morey califica de *racionalización retrospectiva*. En una cita de Nietzsche afirma que, con el tiempo, las cosas se van embebiendo “hasta tal punto de racionalidad que llega a parecer imposible que hayan surgido de la irracionalidad”. Véase la introducción de Miguel Morey (Foucault, 1999 p.11)

Considera que la perspectiva de género despoja al campo académico “perspectiva feminista” de sus aspectos críticos y políticos pues conlleva el riesgo de considerar que las construcciones normativas de feminidad y masculinidad son equiparables y no asimétricas. El inglés necesitó tal noción para diferenciar lo biológico de lo cultural, de ahí que se crease el sistema de opuestos sexo/género. Sin embargo, en los contextos europeos no anglófonos son fundamentales las nociones de sexualidad y diferencia(s) sexual(es). En estos contextos, el término sexo posee por sí mismo connotaciones culturales y sociales no exclusivamente biologicistas y naturalistas como en inglés. En lenguas románicas, el género de una persona se expresa recurriendo al término sexo lo cual desexualiza, *des-naturaliza* el sexo. Además, género indica la posición de una persona dentro de una clase y no un atributo de la persona como ocurre en inglés. Por lo tanto, se corre un riesgo cuando con el objetivo de buscar la legitimación académica o político-social se deja de lado la noción de feminismo y se recurre al concepto de género.

Sin embargo, es necesario observar que la crítica que Braidotti realiza a la noción de género –y, con ello, al feminismo norteamericano y a la propia Judith Butler- quizás no tenga en cuenta que la perspectiva de esta última en cierto sentido es la de no tomar una posición clara y no solo se define por el empleo de dicho concepto sino por un punto de vista en que hace una utilización política del mismo que puede transformarse en una actitud ética. Butler considera que el espacio político depende de las particulares construcciones de la subjetividad y por lo tanto del margen de acción con respecto a la norma que cada persona posee. Su idea de un poder no vertical sino disperso en micropoderes, idea recogida de Foucault, y su crítica a las identidades colectivas como sujetos de luchas políticas le llevan a poner el acento en la capacidad individual de resignificación de la norma pues esta solo tiene sentido en la medida en que cada cual le confiera poder y autoridad. Toda normatividad tiene un afuera constitutivo que opera en dos direcciones: es excluyente pues la norma/ley deja a alguien/algo fuera pero, por otro lado, lo que establece es interpretable -y en este último sentido deja un espacio para la libertad individual de cuestionar o no cumplir-. Las diferencias Butler-Braidotti tienen que ver con sus diferentes maneras de entender la relación poder-ley-sujeto. Braidotti recurre a Deleuze, Butler a Derrida y Foucault. La primera pone el acento en la subjetividad nómada y el devenir, la segunda en una subversión de la lógica de la identidad que considera que ley y norma solo tienen fuerza si la persona acata el fundamento de la misma: su promesa de orden y significado. La ley instaura el orden, el incumplimiento el desorden, la insumisión el que un orden nuevo sea posible.

Silvia Tubert<sup>23</sup> coincide con Braidotti en que es imposible seguir aplicando el concepto de género sin desvirtuar la teoría y sin desarticular el contenido político del feminismo (Tubert p. 16). En esta misma línea, la francesa Genevieve Fraisse sostiene que, en ausencia de una categoría que expresase la teorización sobre los sexos, el pensamiento norteamericano inventó el concepto de género. Sin embargo, en francés “genre” designa tanto el género humano como el gramatical por eso “gender” es un término que suena oscuro. En las lenguas románicas supone el conjunto humano y la sexuación de la especie en dos categorías, es un “dos en uno” –afirma Fraisse- (op. cit. p.41); incluye la diferencia política y la zoológica. Como sexo es ya una categoría política, el par sexo/género no se necesita, pues, como ocurre en inglés, para marcar la oposición. Fraisse afirma que el problema no es traducir “gender” sino no poder traducir al inglés la polisemia que en las lenguas románicas posee la palabra, en especial la idea de diferencia (sexual).

<sup>23</sup> Silvia Tubert es una feminista representativa en el panorama español. Su trabajo en el campo psicoanalítico asume, como es obvio, la diferencia sexual como estructuradora de la psique y defiende que masculinidad y feminidad no tienen un contenido esencial sino incierto. Sus trabajos abarcan el campo de las sexualidades, en especial adolescente y femenina. Su obra más conocida es “Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología” (ver bibliografía final).

Neus Campillo cree que aunque no se debe eliminar la categoría, género “no es un término que deba sustituir a sexo en los análisis filosóficos” (op. cit. p. 84) porque los textos clásicos feministas están plagados de afirmaciones sobre el sexo –sin referencia a la sexualidad-. Distingue entre el discurso feminista euro-estadounidense, con lenguaje de género y posición del sujeto sexuado y el discurso europeo de la diferencia sexual. Además de *l'écriture femme*, menciona el feminismo socialista alemán centrado en el trabajo de la memoria y la experiencia de las mujeres, en la función autoestructura de la experiencia vivida.

En fin, lo que está en juego es la noción de *diferencia como noción conceptual*, previa a cualquier asignación de contenidos; está en juego la diferencia sexual como diferencia neutra o grado cero en el que determinadas diferencias no han sido simbolizadas y otras no han sido dejadas atrás. En virtud de ello, la diferencia puede ser el espacio neutro, el lugar vacío en el que se establecen las luchas por el significado. En la medida en que se adopte el término género como resultado del “giro norteamericano al género” o superación de la diferencia entre teorías de sexo y teorías de género, se olvidará *una diferencia sexual* que no funcionaba en el marco teórico del par sexo-género. Se olvidará que *otra* de las acepciones del término género, la tradición feminista de la diferencia *entre* los sexos, se expresó en lenguas románicas, lo que esto tenga que ver con las historias de las lenguas no es algo que podamos tratar aquí. Queda en pie que en la guerra de lenguajes, quizás un “primer” género está triunfado sobre un “segundo” sexo. Un juego de lenguaje se enfrenta a otro. Así pues, género y diferencia sexual es hoy un espacio de lucha por el significado. Entre teorías de género y teorías de la diferencia sexual, una nueva polémica se alza en las páginas del feminismo.

## RESIGNIFICAR ESTA ORILLA DEL OCÉANO

Se escuchan lamentos acerca de la tristeza del momento feminista que atravesamos, situaciones melancólicas que echan de menos aventuras feministas del pasado<sup>24</sup>. Si el “feminismo no nos hace soñar”<sup>25</sup> es porque en un contexto de ideología capitalista global sin grandes relatos emancipatorios simplemente nada despierta nuestros sueños de grandeza. Ahora bien, aunque la gran revolución no sea posible, la revuelta de los pequeños relatos está en marcha desde dentro, imaginando y realizando el trabajo de situaciones alternativas. En este sentido, el feminismo es lo que fue: una respuesta a las necesidades que se generan<sup>26</sup>. No es el gran océano sino las olas que llegan a una pequeña playa, un lugar para sueños breves pero constantes. En este sentido, importa poco el nombre que le demos a *la cosa*. No importa si estamos en la disputa teórica o en la acción de género como la forma política de una generación. *Gener-acción* puede ser una simple pasarela entre lo *old fashion* y la *nouvelle vague*. Al fin y al cabo, las historias de unidad tranquilizadora exigen la perspectiva de los altos vuelos, las luchas concretas que se realizan en acciones concretas abarcan siglos que solo se ven al atardecer, desde ahí el feminismo puede adoptar múltiples nombres. Lo importante es “el toque polémico: el deseo de hacer que todos hablen del tema” ( Braidotti, p. 101).

Como hemos dicho, Rosi Braidotti se refiere a una “desconexión transatlántica” (Braidotti, 2005) relacionada con la poca consideración que recibió la noción de “diferencia sexual” en los contextos estadounidenses tanto teóricos como sociales de las últimas décadas. En los ochenta

<sup>24</sup> En <http://www.amecopress.net/spip.php?article430>, la activista Impar Pineda afirma lo siguiente: “O conseguimos ganar a la gente joven para la causa feminista o lo nuestro ha sido una aventura generacional”.

<sup>25</sup> Parfraseo el título de un artículo de Braidotti, “Europa no nos hace soñar” para aplicarlo al feminismo.

<sup>26</sup> Celia Amorós afirma que si bien el feminismo no goza de buena salud aún no se ha extinguido, las necesidades lo generan, cubren desde la violencia patriarcal mas extrema “a las sutiles formas de ninguneamiento en la conversación social, pasando por la discriminación salarial, <<el impuesto reproductivo>>, <<la economía del trabajo doméstico fuera del hogar>>” (Portolés 2009 p. 19)

y noventa el rechazo feminista estadounidense hacia nociones como “sexo” y “diferencia sexual” nutre las coaliciones *de género*. No vamos a ocuparnos de esto aquí con detalle pero conviene mencionar el distanciamiento hacia el feminismo radical materialista a lo MacKinnon y Andreas Dworkin y el cansancio de ver una lucha antipornografía que tuvo como efecto contraproducente una puesta en escena del puritanismo sexual mas conservador, conviene mencionar también el auge del *Black Feminism* y lo poscolonial, todos ellos factores que intervinieron en ese cansancio hacia las nociones de sexo y diferencia sexual. Mientras tanto, en el contexto europeo continental, el eje feminismo igualitarista/feminismo diferencialista hace que “género” sea una noción lejana. Sin embargo, acabará por hacerse cada vez más y más relevante en el conjunto de la producción feminista provocando un deslizamiento que traerá consigo un cierto abandono de nociones como “patriarcado”, “dominación” -e incluso, “mujer”- hacia nociones que, como “género” y “sexualidad”, podían revestirse más fácilmente de una apariencia de neutralidad. La sombra de la sospecha empieza a adivinarse también en estrategias como la de la francesa Christine Planté. Propone feminizar la palabra autor (en francés se emplea este masculino como genérico) y utilizar la noción *Femme auteure* en lugar de *écriture femme*<sup>27</sup> que sonaría más diferencialista y, en su opinión, contribuiría a crear ámbitos de feminidad y masculinidad segregados. El trío Eleni Varikas, Christine Planté y Michèle Riot-Sarcey subrayan una marginalización inducida por la apelación “historia de las mujeres” y rechazan su reivindicación. Su proyecto no es hacer historia de las mujeres sino tratar de reintegrar a las mujeres en la historia. A comienzos de los ochenta, se somete al análisis crítico la guetización de la disciplina historia de las mujeres, unos años después la traducción de la norteamericana Joan Scott, partidaria del género como categoría útil –aunque desde la explosión poscolonial y queer destacará también su inutilidad- hará que las tres autoras francesas la adopten como relevante para pensar la diferencia de sexos, sus construcciones discursivas y sus representaciones (Gemis, 2008 pp. 5-6). Otras, como el caso ya mencionado de Genevieve Fraisse, la consideraran como una noción ineficaz<sup>28</sup>.

Considerando un tráfico en sentido inverso, es decir, France-USA, la idea de una desconexión transatlántica nos permite explicar el que Luce Irigaray, una autora de la *French Theory*<sup>29</sup> que se ubica en *l'écriture femme* y, por ello, en una celebración de la *diferencia sexual*, tardase su tiempo en introducirse en los estudios académicos norteamericanos, debido precisamente a las

<sup>27</sup> La *écriture femme* se remite a los discursos psicoanalíticos en vigor en los setenta y aunque ejerce fascinación en Planté también le alerta del peligro que supone una reasignación de las mujeres a lo femenino que nunca es definido en tanto que tal sino simplemente glosado, según las opciones teóricas, como cuerpo a cuerpo con la madre, rechazo del falocentrismo, privilegio del estado preedípico o de lo semiótico como opuesto a lo simbólico. Por una parte no se puede decir que lo femenino no existe pero por otra, no se puede decir que no pase por tomar en consideración lo masculino. La posición de la *femme auteur* de Planté será criticada por no situarse en el *French Feminism*, lo cual parece dar por supuesto que este debería de limitarse a *l'écriture femme*. Monique Wittig y Natalie Sarraute sostuvieron, por su parte esa misma posición de que no existe escritura femenina, posición rechazada en el medio universitario literario francés aunque no en el sociológico y marxista.

<sup>28</sup> En “El concepto filosófico de género” (Tubert 2003), Fraisse rechaza, por motivos lingüísticos que afectan de modo diferenciado a cada una de las lenguas románicas, el concepto feminista de *gender* introducido desde la lengua inglesa.

<sup>29</sup> Término con el que se conoce fuera del espacio cultural francés, especialmente en el norteamericano, aquellas teorías vinculadas a la obra de Foucault, Deleuze, Derrida e incluso Lacan. En el caso de los estudios feministas, habría que añadir pensadoras como Beauvoir, Wittig y teóricas como Kristeva, Cixous e Irigaray que, aún no reconociéndose como tales, son clasificadas en Estados Unidos como teóricas del *French Feminism*, más en concreto de la diferencia sexual. Creemos, además, que la *French Theory* se introduce de modo tangencial por la vía de los estudios de crítica literaria por lo que Barthes ha de ser igualmente tenido en cuenta. En cualquier caso, en toda la *French Theory* es fundamental la referencia al lenguaje y a las estructuras simbólicas -debido a ello también habría que mencionar a Levi-Strauss-. De una manera u otra la filosofía francesa del siglo XX se juega en torno al estructuralismo, el posestructuralismo y la crítica posmoderna.

suspicias que tales nociones despertaban. Braidotti, quien se sitúa a sí misma en esa misma corriente de la *diferencia sexual*, se sorprende del gran número de feministas que se han resistido a poner el acento en lo femenino, refugiándose en conceptos que, como género e igualdad, sugieren planteamientos más neutros. Ella cree que, al ser juzgadas desde un punto de vista liberal e igualitario, feministas francesas como Irigaray y Kristeva provocaron excesivas desconfianzas. Braidotti deja claro que lo opuesto a la diferencia no es cualquier tipo de igualdad sino el concepto de igualdad de la filosofía política ilustrada cuyo sujeto idéntico a sí mismo, unitario y universal, fue puesto en cuestión por la crítica posmoderna. En su opinión, las críticas estadounidenses hacia la diferencia sexual eran un síntoma vivo de “feminofobia” entre las feministas mismas y eran casi las mismas que allí se hacían al posestructuralismo<sup>30</sup>. Se basaban en tres puntos: “el esencialismo (pretendidamente la diferencia sexual es ahistórica y determinista y, por lo tanto, no deja espacio a la transformación social), el universalismo (realiza afirmaciones excesivamente generales y desatiende la cuestión de la diversidad cultural) y el heterosexismo (resta importancia a la capacidad creadora y subversiva del deseo lésbico y homosexual)” (Braidotti 2005 p.46).

Otro factor a tener en cuenta en la comprensión de la desconexión de que estamos hablando son las diferencias entre el contexto político norteamericano y europeo de los ochenta. Mientras que el segundo supuso una expansión de la democracia derivada de la caída del muro de Berlín, el primero estuvo caracterizado por las posturas conservadoras de la era Reagan. La incidencia que esto tiene en el feminismo es que al mismo tiempo que en Europa se experimenta con el erotismo, la escritura y la categoría de diferencia como criterio para las políticas sociales (caso de la discriminación positiva y la paridad), en Estados Unidos aparecen las medidas contra la pornografía y la prostitución -las mencionadas campañas antisexo de Dworkin y Mackinnon- el acoso sexual -ya entrados los años noventa- y, en general, un moralismo tan conservador que a veces rozaba lo represivo. Esta situación condujo al feminismo liberal de NOW (National Organization of Women) a eliminar de la agenda la categoría de sexo y a quedarse con la noción de género que a partir de ahora sería la referencia tanto del individualismo liberal como del constructivismo social. La sexualidad quedó para el activismo gay y lesbiano. Por tanto, la polarización entre un feminismo antipornográfico que abogó por la censura y un sector anticensura que “proponía más bien una crítica cultural de la misma” (Osborne 1993 p. 26) no fue un tema europeo<sup>31</sup> aunque hubo feministas europeas como Christine Delphy que se pronunciaron negándose a estigmatizar a las “sex-workers”. En España, Raquel Osborne alertó del peligro del control legislativo lo cual no significaba que no detectase ingredientes machistas en un discurso pornográfico que considera a las mujeres “meramente como objetos sexuales” (*ibid.* p. 290). En cualquier caso, esta situación en gran medida político-policia<sup>32</sup> de la era Reagan parece que influyó en una polarización ya no solo entre sexo y género sino entre género y sexualidad. Quiriendo escapar de las nociones de sexo y sexualidad, se encontró un refugio seguro y neutral en la noción de género pero las sexualidades relegadas volvieron bajo la forma de políticas gays, lesbianas y trans.

<sup>30</sup> Desde el discurso liberal de la igualdad y la equiparación de derechos se veía la filosofía posestructuralista como charlatanería esotérica.

<sup>31</sup> No lo fue excepto en que quizás hubo una reacción europea por parte de las agencias de publicidad pues por esos años proliferó intensamente una publicidad sexista en la que la objetualización del cuerpo femenino aumentó un grado más acercándose al esquema pornográfico *hard*. Contra la misma hubo intensas campañas por parte del feminismo francés que vieron en ello una suerte de venganza por parte de las empresas, en cualquier caso las luchas contra la publicidad sexista siguen vigentes y se critica en especial la representación de cuerpos femeninos que sugieren violaciones y violencias físicas.

<sup>32</sup> Las actrices porno fueron objeto de persecuciones legales por parte de la policía.

Pese a que las teorías europeas de corte psicoanalítico y posestructuralista ponen en juego la diferencia sexual y la sexualidad, “en el feminismo estadounidense el cuerpo no puede asociarse en términos positivos a la sexualidad” (Braidotti, 2005 p. 49). La intervención a comienzos de los noventa de la obra de Judith Butler y su idea de que el sexo es género y que por tanto la distinción sexo-género no se sostiene (Butler 1991 y 2008), marcará un definitivo “giro al género” en el feminismo estadounidense. Sin embargo, compartimos la idea de Braidotti de que en el nuevo milenio “el género se ha convertido en un concepto demasiado polivalente como para ser realmente útil en términos universales”( op. cit. p.50). Parece que si lo que intentan algunas de las propuestas de género es tratar de subvertir la dicotomía masculino-femenino -pues toda dicotomía parece que crea un afuera, un excedente- y sustituirla por un ser humano de fronteras borrosas, entonces no tenemos nada nuevo ni estamos lejos de las resonancias del *mitsein* humano que Beauvoir reservaba en el espacio ideal de la utopía. Simplemente pensamos que ya hemos alcanzado lo que queríamos. El problema es que una cosa es la situación presente y otra pensar que el futuro ya está aquí. Las propuestas del feminismo igualitarista son propuestas y no descripciones de un estado de cosas existente.

Por otra parte, la posmodernidad supone el fin de los ideales normativos del humanismo clásico pero no el fin de la política. En las luchas por el reconocimiento de derechos hay activismo y nuevas formas de hacer política. Esas luchas tienen efectos políticos que quizás guarden mayor relación con la libertad que con una igualdad que mostró su insuficiencia como mera formalidad. Nociones como reconocimiento, responsabilidad, no-violencia y libertad son clave en el humanitarismo. El humanitarismo guarda relación con el ser y existir con otros y otros, convivir. Si la generación feminista posestructuralista a la que pertenecen tanto Butler como Braidotti ha situado la pregunta por la diferencia sexual en el contexto más general de la filosofía poshumanista y las ciencias humanas, es necesario tener en cuenta a esa tradición histórica de pensamiento crítico de posestructuralistas franceses como Foucault, Derrida, Deleuze, Irigaray y Cixous que han contribuido a establecer una visión de lo humano anti-humanista y crítica con el sujeto.

Quizás *sexo* o *clase sexual* son conceptos descriptivos más adecuados para la tradición del feminismo europeo mientras que *género* caracteriza en mayor medida al norteamericano. Tanto las teorías queer del último feminismo americano que abarcan posiciones como la de Butler que cree necesario ir más allá de la categoría identitaria mujer como los feminismos gays y lesbianos centrados en la sexualidad y la crítica heteronormativa, mantienen relaciones complejas con toda una línea genealógica que moviliza las ideas de sexo y diferencia, al menos en el sentido de Beauvoir de la existencia de un sexo Otro, Segundo o subalterno, respecto al cual el Primer Sexo Uno puede ostentar su situación privilegiada. El feminismo tiene hoy sentido como un desafío a posiciones universalistas, intenta que se nombre al otro lado, el de las particularidades. Aquí la perspectiva de la desigualdad y la diferencia de sexos adquiere pleno sentido pues, independientemente de las variadas estrategias y prácticas políticas, independientemente de las muchas maneras más o menos teóricas que hay de pensar la diferencia de los sexos, un tipo de gestión de la reproducción sexual que hace posible la superior diferencia del ser del hombre a costa de transformar a una mujer en *diferencia invisible* se muestra como una situación radicalmente insostenible. Tanto en su sentido negativo de crítica al sujeto universal blanco y masculino como en el positivo de promover diferencias que superen las desigualdades, el feminismo actual se mueve en la evidencia de que el control de tipo reproductivo de los cuerpos de las mujeres remeda la masculinidad de la nación.

## CONCLUSIONES

Las maneras de considerar los conceptos sexo y género a ambos lados del Atlántico responden a contextos nacionales y lingüísticos. Una noción de facturación norteamericana como género que poco a poco se convirtió en central y relevante, muestra en Europa su lado problemático. Esto último quizás no sirva en general para el caso español pues, imitando el modelo norteamericano, no solo ha recogido la noción para aplicarla a los diversos estudios feministas y de mujeres en el ámbito universitario sino que las políticas institucionales de igualdad han conseguido transformarla en una noción popular en los medios de comunicación y en la sociedad en conjunto.

## BIBLIOGRAFÍA

Libros:

Amorós, Celia (2000): *Feminismo y Filosofía* Editorial Síntesis, Madrid

Barthes, Roland (1987): *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos* Siglo XXI, Madrid

Braidotti, Rosi (2004): *Feminismo, diferencia sexual, subjetividad nómada* Gedisa, Barcelona

Braidotti, Rosi (2005): *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir* Akal, Madrid

Butler, Judit (2008) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* Paidós, Barcelona

Butler, Judit (2008): *Deshacer el género* Paidós, Barcelona.

Butler, Judit (1990): *Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault* en Benhabib, S. y Cornella, D. (eds) *Teoría feminista y teoría crítica* Valencia, Edicions Alfons El Magnanim

Eribon, Didier (1992): *Michel Foucault* Anagrama, Barcelona.

Foucault, Michel (1996): *De lenguaje y literatura* Paidós, Barcelona.

Foucault, Michel (1999): *Entre filosofía y literatura* Paidós, Barcelona

Flax, Jane (1995): *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios* Cátedra, Madrid

Guerra Palmero, M<sup>a</sup> José (2001): *Teoría feminista contemporánea. Una aproximación desde la ética* Editorial Complutense Madrid

García de León, Maria Antonia (2008): *Rebeldes Ilustradas. La Otra Transición*. Anthropos, Barcelona

Hirata, Helena; Laborie, Françoise; Le Doaré, Hélène; Senotier, Danièle (2000): *Dictionnaire Critique du Féminism* P.U.F. Paris

Lauretis, Teresa de (2007): *Théorie queer et cultures populaires* (traducción al francés de Marie-Hélène Bourcier) La dispute, Paris.

- Osborne, Raquel (1993): *La construcción sexual de la realidad*. Cátedra, Madrid
- Preciado, Beatriz (2008): *Testo Yonqui*. Espasa-Calpe, Madrid
- Portolés, Oliva (2009): *La pregunta por el sujeto en la teoría feminista .El debate filosófico actual*. Editorial Complutense, Madrid
- Racine, Nicole y Trebitsch, Michel (2004): *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels* Éditions Complexe, Belgique
- Trujillo Barbadillo, Gracia (2008): *Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el estado español*, Egales, Barcelona y Madrid
- Tubert, Silvia (2003): *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* Cátedra, Madrid
- Tubert, Silvia (1991): *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología* Siglo XXI, Madrid
- Varikas, Eleni (2006): *Penser le sexe et le genre*. Presses Universitaires de France. Paris
- Artículos:
- Carver, Terrell (2000): "Théories politiques féministes et théories posmodernes du genre" en Ballmer Cao Thanh-Huyen, Mottier Veronique y Sgier Lea (ed.) *Genre et Politique. Débats et perspectives*. Gallimard Paris
- Gemis, Vanesa (2008): "La biographie genrée: le genre au service du genre" *Contextes* n° 3 (pp. 1-13). URL: <http://contextes.revues.org/index2573.html> Consultado: 10-1-11
- Lauretis, Teresa de (1988): "Displacing Hegemonic Discourses: Reflections on Feminist Theory in the 1980's" *Inscriptions* n° 3-4 (pp.127-144).
- URL:[http://www2.ucsc.edu/culturalstudies/PUBS/Inscriptions/vol\\_3-4/delauretis.html](http://www2.ucsc.edu/culturalstudies/PUBS/Inscriptions/vol_3-4/delauretis.html) (Consultado: 20/4/2010)
- Planté, Christine (1993): "Questions de différence" *Multitudes. Revue politique artistique philosophique* número especial Abril 1993 ("Féminismes au présent").
- URL:<http://multitudes.samizdat.net/Questions-de-difference> (Consultado el 20/8/2010)
- Puig de la Bellacasa, Maria (2003): "Divergences solidaires" *Multitudes. Revue politique artistique philosophique* n° 12 ("Feminismos, queer, multitudes")
- URL: <http://multitudes.samizdat.net/Divergences-solidaires> (consultado el 20/3/ 2010)
- Puig de la Bellacasa, Maria : "Feminist knowledge politics in situated zones. A different hi/history of knowledge construction" *Server donne*, [www.women.it](http://www.women.it)
- URL: <http://www.women.it/cyberarchive/files/puig.htm>

Riot-Sarcey, Michèle (2000): "l'Historiographie française et le concept de <<genre>>" *Revue d'histoire moderne et contemporaine* Vol 4 n° 47-4, (pp.805-814) URL: [www.caim.info/revue-d-histoire-moderne-et-contemporaine-2000-4-page-805.htm](http://www.caim.info/revue-d-histoire-moderne-et-contemporaine-2000-4-page-805.htm) (Consultado: 15/1/2011)

Varikas, Eleni (1993): "Feminisme, modernité, postmodernismo: pour une dialogue des deux cotés de l'océan". *Multitudes. Revue politique artistique philosophique* número especial Abril 1993 ("Féminismes au présent")

URL: <http://multitudes.samizdat.net/Féminisme>, modernité, postmodernisme: pour un dialogue des deux cotés de l'océan (Consultado el 20/2/ 2010)